

NO SEA USTED

A MABLES redactores de **Hermano Lobo** que habéis sabido comprender la trascendencia del Año Internacional de la Mujer y el íntimo drama de la hembra cosificada (!), lectoras y lectores míos: No puedo pasar por alto el llamamiento que se nos hace para que contemos las perfidias a que nos somete la sociedad y los hombres. He de confesar que por lo menos dos veces al año me convierto en una repugnante mujer-objeto. Claro que no soy del todo culpable, porque de pequeña me peinaban con trenzas y esas cosas traumatizan bastante. Y yo soy yo y mis circunstancias. Os lo contaré para que podáis comprender que las asechanzas se encuentran en los motivos más inesperados. ¡Allá va! ¿Habéis oído hablar de un instrumento de tortura llamado FAJA? Es un chisme que aprieta, que en casos extremos lleva unas cosas rígidas llamadas ballenas y que se ata con cordones, corchetes o cremallera. Yo soy fajible, he de confesarlo. Pero me resisto, como es natural, al suplicio chino que es la faja. Me pregunto ¿por qué no puedo ser gorda a lo bestia? Pues no, no puedo. Ya me he sometido a dos regímenes adelgazantes. En el primero, perdí 24 kilos en tres meses; me moría a chorros por los rincones.



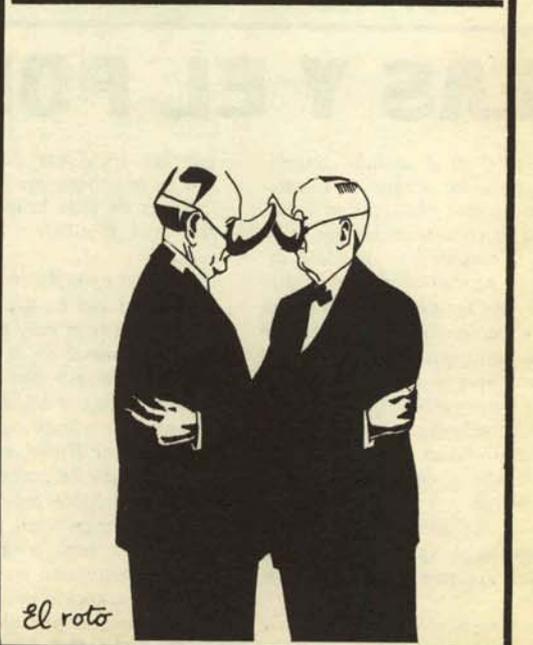
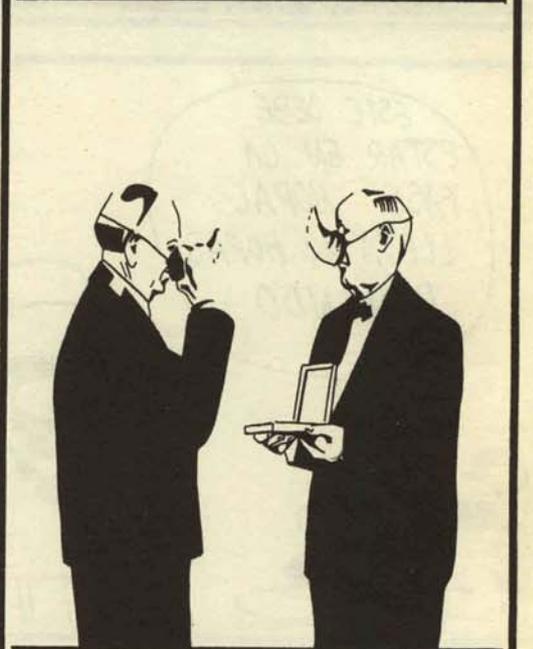
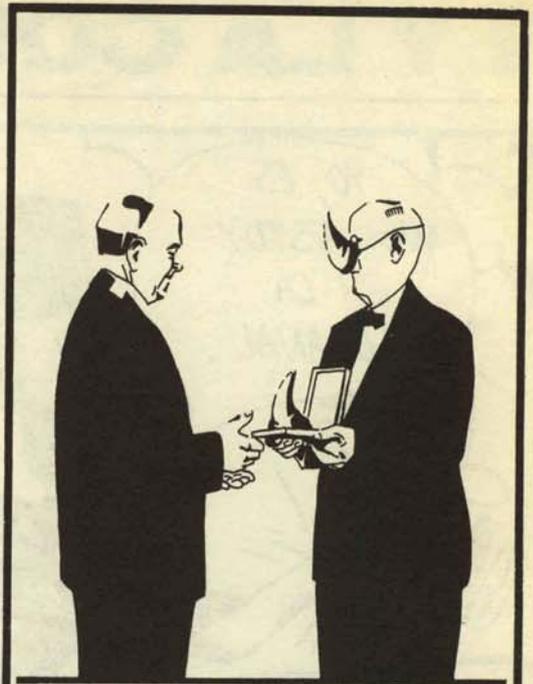
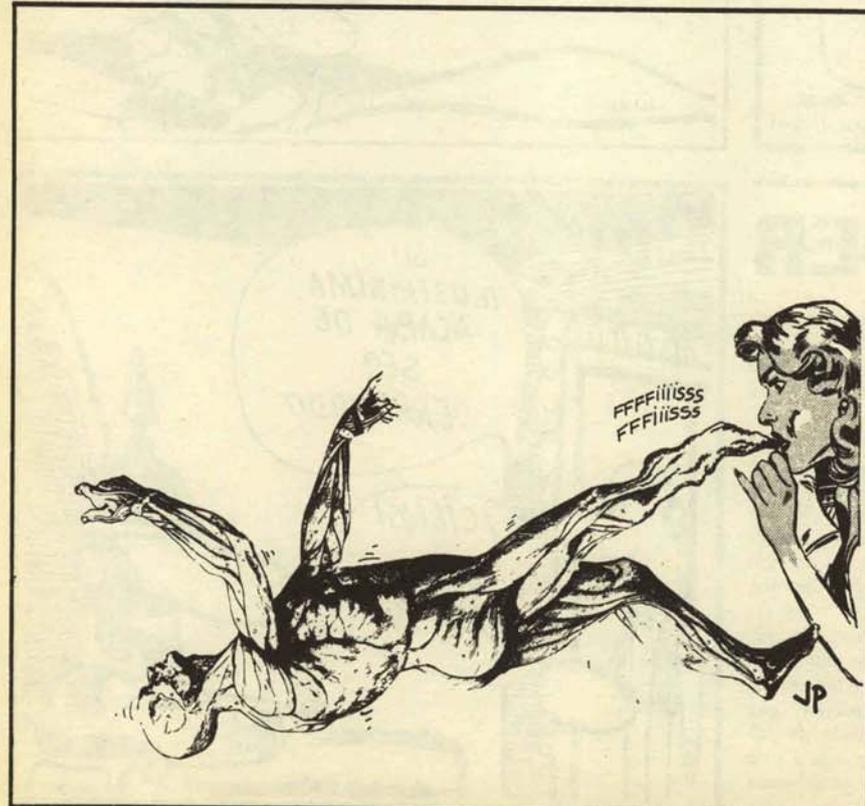
Queridas lectoras: en este Año Internacional de la Mujer, **Hermano Lobo** quiere echaros una mano. Para ello pone a vuestra disposición esta nueva sección. Escribidnos un folio a doble espacio contándonos alguna aventura en la que hayáis sabido hacer frente a perfidias de la sociedad y de los hombres. Hacedlo también bien, para ayudaros a que no acabéis siendo una mujer-objeto. Animo. Esperamos vuestras cartas.

Volví a engordar. Segundo régimen: 20 kilos, en seis meses. Me puse monísima, de lo más cosa. Pero ni un Cuba Libre, ni un potajón. Y me harté. Sólo queda la faja. La tengo metida en un cajón y de vez en cuando lo abro, para sacarle la lengua, que me desahoga mucho. Pero, como dije al principio, de

MUJER-OBJETO

fois en fois me tengo que meter en ella. ¡Pobre yo! Entonces soy la mujer más objeto que ha parido madre, y además, objeto empaquetado. El proceso es alucinante. Gorda y limpieta, empiezo a introducirme con un pedaleo enérgico de piernas. Como truco fácilón son buenos los polvos de talco, pero hay que estar de humor para ir a buscarlos. Una vez dentro de ella, hay que abrocharla... ¡total, nada! Dado que los michelines se escapan por todos los lados y que te coges unos pellizcos horribles, lo mejor es acostarse. Por fin se consigue, pero ahora viene el levantarse de la cama. Si no se tiene alguien que te eche una mano, lo mejor es rodar y tirarse al suelo. Allí te pones a cuatro patas y agarrándote a la cama puedes conseguir recuperar la vertical. Con ella puesta no puedes comer, tienes que respirar superficialmente, si fumas no hay que tragarse el humo, porque no cabe; y estornudar o toser es algo peligrosísimo ante el pavor que salte algún corchete, con lo que la psique de la pobre enfajada está para el arrastre. Este es mi drama. Dejo que lloréis conmigo. Y acuso. ¡Claro que acuso! Cuando vea a las cachalotas con faja, pensaré que la especie humana no es la única imbécil de la creación.

ISABEL



El roto